

Martín Fierro. (1872) José Hernández
Resumen de cátedra Lengua
Prof. Betiana Lombi

Canto I

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela,
que el hombre que lo desvela
una pena extraordinaria,
como la ave solitaria 5
con el cantar se consuela.

Pido a los Santos del Cielo
que ayuden mi pensamiento,
les pido en este momento
que voy a cantar mi historia 10
me refresquen la memoria,
y aclaren mi entendimiento.

Vengan Santos milagrosos,
vengan todos en mi ayuda,
que la lengua se me añuda 15
y se me turba la vista;
pido a mi Dios que me asista
en esta ocasión tan ruda.

Yo he visto muchos cantores,
con famas bien obtenidas, 20
y que después de alquiridas
no las quieren sustentar-:
parece que sin largar
se cansaron en partidas.



Mas ande otro criollo pasa 25
Martín Fierro ha de pasar,
nada lo hace recular
ni las fantasmas lo espantan;
y dende que todos cantan
yo también quiero cantar. 30

Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,
y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre-
dende el vientre de mi madre 35
vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
ni me falte la palabra
el cantar mi gloria labra
y poniéndome a cantar, 40
cantando me han de encontrar
aunque la tierra se abra.

[...]
Yo no soy cantor letrao,
mas si me pongo a cantar 50
no tengo cuándo acabar
y me envejezco cantando;
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

[...]
Soy gaucho, y entiendanlo
como mi lengua lo esplica, 80
para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor,

ni la víbora me pica
ni quema mi frente el Sol.

Nací como nace el peje 85
en el fondo de la mar,
naides me puede quitar
aquello que Dios me dio
lo que al mundo truje yo
del mundo lo he de llevar. 90

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del Cielo,
no hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir;
y naides me ha de seguir 95
cuando yo remonto el vuelo.
[...]
Y sepan cuantos me escuchan
de mis penas el relato
que nunca peleó ni mato 105
sino por necesidad;
y que a tanta alversidá
sólo me arrojó el mal trato.
[...]

Canto II

Ninguno me hable de penas 115
porque yo penando vivo-
y naides se muestre altivo
aunque en el estribo esté,
que suele quedarse a pie

el gaucho más alvertido. 120

Junta esperencia en la vida
hasta pa dar y prestar,
quien la tiene que pasar
entre sufrimiento y llanto;
porque nada enseña tanto 125
como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo
cuartiándolo la esperanza,
y a poco andar ya lo alcanzan
las desgracias a empujones; 130
¡Jue pucha! que trae liciones
¡el tiempo con sus mudanzas!

Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía.
Y su ranchito tenía 135
y sus hijos y mujer...
Era una delicia el ver
cómo pasaba sus días.

Entonces... cuando el lucero
brillaba en el cielo santo 140
y los gallos con su canto
la madrugada anunciaban,
a la cocina rumbiaba
el gaucho... que era un encanto.

Y sentao junto al jogón 145
a esperar que venga el día,
al cimarrón le prendía

hasta ponerse rechoncho,
mientras su china dormía
tapadita con su poncho. 150

Y apenas el horizonte
empezaba a coloriar,
los pájaros a cantar,
y las gallinas a apiarse,
era cosa de largarse 155
cada cual a trabajar.

Éste se ata las espuelas
se sale el otro cantando,
uno busca un pellón blando,
éste un lazo, otro un rebenque, 160
y los pingos relinchando
los llaman desde el palenque.

El que era pión domador
enderezaba al corral,
ande estaba el animal 165
bufidos que se las pela...
Y más malo que su agüela
se hacía astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente
en cuanto al potro enriendó, 170
los cueros le acomodó
y se le sentó en seguida,
que el hombre muestra en la vida
la astucia que Dios le dio.

[...]

¡Ricuerdo!... ¡Qué maravilla! 205
cómo andaba la gauchada,
siempre alegre y bien montada
y dispuesta pa el trabajo...
pero hoy al presente... ¡barajo!
no se le ve de aporriada. 210

El gaucho más infeliz
tenía tropilla de un pelo,
no le faltaba un consuelo
y andaba la gente lista...
tendiendo al campo la vista 215
sólo vía sino hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,
¡cosa que daba calor!
tanto gaucho pialador
y tironiador sin yel- 220
¡Ah tiempos!... pero sin él
se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo,
más bien era una junción,
y después de un güen tirón 225
en que uno se daba maña,
pa darle un trago de caña
solía llamarlo el patrón.

[...]

Estaba el gaucho en su pago
con toda siguridá:

pero aura... ¡barbaridá! 255
la cosa anda tan fruncida,
que gasta el pobre la vida
en juir de la autoridá.

[...]

Ay comienzan sus desgracias,
ay principia el pericón;
porque ya no hay salvación,
y que usted quiera o no quiera, 280
lo mandan a la frontera
o lo echan a un batallón.

Ansí empezaron mis males
lo mesmo que los de tantos,
si gustan... en otros cantos 285
les diré lo que he sufrido-
después que uno está... perdido
no lo salvan ni los santos.

Canto III

Tuve en mi pago en un tiempo
hijos, hacienda y mujer, 290
pero empecé a padecer,
me echaron a la frontera,
¡y qué iba a hallar al volver!
Tan sólo hallé la tapera.

Sosegao vivía en mi rancho 295
como el pájaro en su nido-

allí mis hijos queridos
iban creciendo a mi lao...
Sólo queda al desgraciao
lamentar el bien perdido. 300

Mi gala en las pulperías
era en habiendo más gente,
ponerme medio caliente
pues cuando puntiao me encuentro
me salen coplas de adentro 305
como agua de la virtiente.

Cantando estaba una vez
en una gran diversión;
y aprovechó la ocasión
como quiso el Juez de Paz... 310
se presentó, y ahí no más
hizo una arriada en montón.

Juyeron los más matreros
y lograron escapar-
yo no quise disparar- 315
soy manso y no había por qué-
muy tranquilo me quedé
y ansí me dejé agarrar.

Allí un gringo con un órgano
y una mona que bailaba, 320
haciéndonos reir estaba
cuando le tocó el arreo-
¡tan grande el gringo y tan feo!
lo viera cómo lloraba.

Hasta un Inglés sangiador 325

que decía en la última guerra,
que él era de Inca la perra
y que no quería servir,
tuvo también que juir
y guarecerse en la Sierra. 330

Ni los mirones salvaron
de esa arriada de mi flor-
fue acoyarao el cantor
con el gringo de la mona-
a uno sólo, por favor, 335
logró salvar la patrona.

Formaron un contingente
con los que del baile arriaron-
con otros nos mesturaron
que habían agarrao también- 340
Las cosas que aquí se ven
ni los diablos las pensaron.

A mí el Juez me tomó entre ojos
en la última votación-
me le había hecho el remolón 345
y no me arrimé ese día,
y él dijo que yo servía
a los de la esposición.

Y ansí sufrí ese castigo
tal vez por culpas ajenas- 350
que sean malas o sean güenas
las listas, siempre me escondo-
yo soy un gaucho redondo
y esas cosas no me enllenan.

Al mandarnos nos hicieron 355
más promesas que a un altar-
el Juez nos jue a ploclamar
y nos dijo muchas veces:
«muchachos a los seis meses
»los van a ir a revelar». 360

[...]

A naides le dieron armas
pues toditas las que había
el Coronel las tenía,
sigún dijo esa ocasión, 400
pa repartirlas el día
en que hubiera una invasión.

Al principio nos dejaron
de haraganes criando sebo,
pero después... no me atrevo 405
a decir lo que pasaba-
Barajo... si nos trataban
como se trata a malevos.

[...]

Yo primero sembré trigo
y después hice un corral,
corté adobe pa un tapial,
hice un quincho, corté paja...
¡La pucha que se trabaja 425
sin que le larguen ni un rial!

Y es lo pior de aquel enriedo
que si uno anda hinchando el lomo,

se le apean como plomo...
¡quién aguanta aquel infierno! 430
Si eso es servir al Gobierno,
a mí no me gusta el cómo.

Más de un año nos tuvieron
en esos trabajos duros-, 435
y los indios, le asiguro,
dentaban cuando querían:
como no los perseguían
siempre andaban sin apuro.

A veces decía al volver
del campo la descubierta, 440
que estuviéramos alerta
que andaba adentro la indiada;
porque había una rastrillada,
o estaba una yegua muerta.

[...]

Daban entonces las armas
pa defender los cantones,
que eran lanzas y latones
con ataduras de tiento... 460
las de juego no las cuento
porque no había municiones.

Y un sargento chamuscao
me contó que las tenían,
pero que ellos las vendían 465
para cazar avestruces;
y así andaban noche y día

dele bala a los ñanduces.

Y cuando se iban los Indios
con lo que habían manotiao, 470
salíamos muy apuraos
a perseguirlos de atrás;
si no se llevaban más
es porque no habían hallao.

Allí sí, se ven desgracias 475
y lágrimas y afliciones:
naide le pida perdones
al Indio, pues donde dentra
roba y mata cuanto encuentra
y quema las poblaciones. 480

No salvan de su juror
ni los pobres anjelitos;
viejos, mozos, y chiquitos
los matan del mismo modo-
el indio lo arregla todo 485
con la lanza y con los gritos.

Tiemblan las carnes al verlo
volando al viento la cerda-
la rienda en la mano izquierda
y la lanza en la derecha- 490
ande enderieza abre brecha
pues no hay lanzaso que pierda.

Hace trotiadas tremendas
dende el fondo del desierto-
ansí llega medio muerto 495

de hambre, de sé y de fatiga,
pero el indio es una hormiga
que día y noche está despierto.

Sabe manejar las bolas
como naides las maneja, 500
cuanto el contrario se aleja
manda una bola perdida,
y si lo alcanza, sin vida
es seguro que lo deja.

Y el indio es como tortuga 505
de duro para espichar,
si lo llega a destripar
ni siquiera se le encoje,
luego sus tripas recoge
y se agacha a disparar. 510
[...]

¡Es de admirar la destreza
con que la lanza manejan!
De perseguir nunca dejan-
Y nos traiban apretaos- 575
si queríamos de apuraos
salirnos por las orejas.

Y pa mejor de la fiesta
en esta aflicción tan suma,
vino un indio echando espuma,
y con la lanza en la mano 580
gritando «Acabau cristiano
»metau el lanza hasta el pluma».

Tendido en el costillar

cimbrando sobre el brazo
una lanza como un lazo 585
me atropeyó dando gritos-
Si me descuido... el maldito
me levanta de un lanzazo.

Si me atribulo, o me encojo,
siguro que no me escapo: 590
siempre he sido medio guapo
pero en aquella ocación,
me hacía buya el corazón
como la garganta al zapo.

Dios le perdone al salvaje 595
las ganas que me tenía...
Desaté las tres marías
y lo engatusé a cabriolas...
Pucha... si no traigo bolas
me achura el indio ese día. 600

Era el hijo de un cacique
sigún yo lo averigüé-
la verdad del caso jue
que me tuvo apuradazo
hasta que al fin de un bolazo 605
del caballo lo bajé.

Ay no más me tiré al suelo
y lo pisé en las paletas-
empezó a hacer morisquetas
y a mesquinar la garganta... 610
Pero yo hice la obra santa,
de hacerlo estirar la geta.

Canto IV:

Esperaron que llegara el sueldo pero no venía, y la miseria los acosaba. No tenían nada de ropa: “Y andábamos de mugrientos/ que el mirarnos daba horror; /I e juro que era un dolor/ ¡ver esos hombres por Cristo! / En mi perra vida he visto / una miseria mayor.” (Verso 636) Pasó un año y las cosas seguían igual. A él no lo llamaron a cobrar por que "no estaba" en la lista. Como Fierro se enojó, el comandante y llamo al Cabo y al Sargento, quienes le dieron un castigo.

Canto V:

Fierro esperaba una ocasión en que los indios entraran y hacerse el cimarrón (salvaje) y volverse para su pago. “Aquello no era servicio (v. 805) / ni defender la frontera- / aquello era ratonera / en que sólo gana el juerte”. Creía que si se quedaba iba a morir. Una noche un gringo borracho no lo reconoció y le disparó a Martin Fierro, pero no le dio porque estaba mamado. Por el ruido salieron los oficiales y lo atraparon a Fierro y lo tiraron al suelo. Entonces, vino el Mayor y le empezó a gritar. Luego lo ataron de las manos y de las piernas (esquiado); y toda la noche Fierro le estuvo haciendo maldiciones al gringo.

Canto VI:

Vamos dentrando recién
a la parte más sentida,
aunque es todita mi vida
de males una cadena-
a cada alma dolorida 935

le gusta cantar sus penas.

Se empezó en aquel entonces
a rejuntrar caballada,
y riunir la milicada
teniéndole en el cantón, 940
para una despedición
a sorprender a la Indiada.

Nos anunciaban que iríamos
sin carretas ni bagajes,
a golpiar a los salvajes 945
en sus mismas toderías-
que a la güelta pagarían
licenciándolo al gauchaje.

Que en esta despedición
tuviéramos la esperanza, 950
que iba a venir sin tardanza
sigún el Gefe contó,
un ministro o qué sé yo-
que le llamaban Don Ganza.

Que iba a riunir el Ejército 955
y tuitos los batallones-
y que traiba unos cañones
con más rayas que un cotín-
Pucha... las conversaciones
por allá no tenían fin. 960

Pero esas trampas no enriedan
a los zorros de mi laya,
que esa Ganza venga o vaya

poco le importa a un matrero-
yo también dejé las rayas... 965
en los libros del pulpero.

Nunca jui gaucho dormido,
siempre pronto, siempre listo-
yo soy un hombre, ¡qué Cristo!
que nada me ha acobardao, 970
y siempre salí parao
en los trances que me he visto-.

Dende chiquito gané
la vida con mi trabajo,
y aunque siempre estuve abajo 975
y no sé lo que es subir-
también el mucho sufrir
suele cansarnos- ¡barajo!

En medio de mi ignorancia
conozco que nada valgo- 980
soy la liebre o soy el galgo
a sigún los tiempos andan,
pero también los que mandan
debieran cuidarnos algo.

Una noche que riunidos 985
estaban en la carpeta
empinando una limeta
el Gefé y el Juez de Paz-
yo no quise aguardar más,
y me hice humo en un sotreta. 990

Me parece el campo orégano

dende que libre me veo-
donde me lleva el deseo
allí mis pasos dirijo-
y hasta en las sombras, de fijo 995
que donde quiera rumbo.

Entro y salgo del peligro
sin que me espante el estrago,
no aflojo al primer amago
ni jamás fi gaucho lerdo-: 1000
soy pa rumbiar como el cerdo
y pronto caí a mi pago.

Volvía al cabo de tres años
de tanto sufrir al ñudo,
resertor, pobre y desnudo- 1005
a procurar suerte nueva-
y lo mismo que el peludo
enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho,
¡sólo estaba la tapera! 1010
Por Cristo si aquello era
pa enlutar el corazón-
Yo juré en esa ocasión
ser más malo que una fiera.

¡Quién no sentirá lo mismo 1015
cuando así padece tanto!
Puedo asigurar que el llanto
como una mujer largué-
¡Ay! mi Dios si me quedé
¡más triste que Jueves Santo! 1020

Sólo se oiban los aullidos
de un gato que se salvó;
el pobre se guareció
cerca, en una viscachera-
venía como si supiera 1025
que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda
que era todito mi haber-
pronto debíamos volver
sigún el Juez prometía, 1030
y hasta entonces cuidaría
de los bienes la mujer.

Después me contó un vecino
que el campo se lo pidieron- 1040
la hacienda se la vendieron
en pago de arrendamientos,
y qué sé yo cuántos cuentos,
pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos 1045
entre tantas afliciones,
se conchavaron de piones.
¡Mas qué iban a trabajar
si eran como los pichones
sin acabar de emplumar! 1050

Por hay andarán sufriendo
de nuestra suerte el rigor:
me han contado que el mayor
nunca dejaba a su hermano-

puede ser que algún cristiano 1055
los recoja por favor.

¡Y la pobre mi mujer,
Dios sabe cuánto sufrió!-
Me dicen que se voló
con no sé qué gavilán- 1060
sin duda a buscar el pan
que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte
lo que algún otro le sobre-
si no le quedó ni un cobre, 1065
sino de hijos un enjambre,
¡qué más iba a hacer la pobre
para no morirse de hambre!

¡Tal vez no te vuelva a ver
prenda de mi corazón! 1070
Dios te dé su protección
ya que no me la dio a mí-
y a mis hijos dende aquí
les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna 1075
andarán por ay sin madre-
ya se quedaron sin padre
y así la suerte los deja,
sin naides que los proteja
y sin perro que los ladre. 1080

Los pobrecitos tal vez
no tengan ande abrigarse,

ni ramada ande ganarse,
ni rincón ande meterse,
ni camisa que ponerse, 1085
ni poncho con que taparse.

[...]

Aunque muchos cren que el gaucho
tiene un alma de reyuno-
no se encontrará ninguno 1125
que no lo dueblen las penas-
mas no debe aflojar uno
mientras hay sangre en las venas.

Canto VII

De carta de más me vía
sin saber a dónde dirme 1130
mas dijeron que era vago
y entraron a perseguirme.

Nunca se achican los males-
van poco a poco creciendo,
y ansina me vide pronto 1135
obligao a andar juyendo.

No tenía mujer ni rancho,
y a más era resertor;
no tenía una prenda güena
ni un peso en el tirador. 1140

A mis hijos infelices
pensé volverlos a hallar-

y andaba de un lao al otro
sin tener ni qué pitar.

Supe una vez por desgracia 1145
que había un baile por allí-
y medio desesperao
a ver la milonga fui.

Riunidos al pericón
tantos amigos hallé, 1150
que alegre de verme entre ellos
esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasión
por peliar me dio la tranca,
y la emprendí con un negro 1155
que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena
que no hacía caso de naides
le dije con la mamúa:
-«va... ca... yendo gente al baile». 1160

La negra entendió la cosa
y no tardó en contestarme
mirándome como a perro:
-«más vaca será su madre».

Y dentró al baile muy tiesa 1165
con más cola que una zorra,
haciendo blanquiar los dientes
lo mesmo que mazamorra.

-«Negra linda»... dije yo,
«¡Me gusta pa la carona!» 1170
Y me puse a champurriar
esta coplita fregona:

«A los blancos hizo Dios,
»a los mulatos San Pedro,
»a los negros hizo el diablo 1175
»para tizón del infierno».

Había estao juntando rabia
el moreno dende ajuera-
en lo oscuro le brillaban
los ojos como linterna. 1180

Lo conocí retobao,
me acerqué y le dije presto:
«po... r... rudo que un hombre sea
»nunca se enoja por esto».

Corcobió el de los tamangos 1185
y creyéndose muy fijo:
-«más porrudo serás vos,
»gaucho roto» me dijo.

Y ya se me vino al humo
como a buscarme la hebra- 1190
y un golpe le acomodé
con el porrón de giñebra.

Ay no más pegó el de hollín
más gruñidos que un chanchito
y pelando el envenao 1195

me atropelló dando gritos.

Pegué un brinco y abrí cancha
diciéndoles: -«caballeros,
»dejen venir a ese toro,
»solo nací... solo muero». 1200

El negro después del golpe
se había el poncho refalao
y dijo: -vas a saber
»si es solo o acompaño».

Y mientras se arremangó 1205
yo me saqué las espuelas,
pues malicié que aquel tío
no era de arriar con las riendas.

No hay cosa como el peligro
pa refrescar un mamao, 1210
hasta la vista se aclara
por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló
como a quererme comer-
me hizo dos tiros seguidos 1215
y los dos le abarajé.

Yo tenía un facón con S
que era de lima de acero,
le hize un tiro, lo quitó
y vino ciego el moreno. 1220

Y en el medio de las aspas

un planazo le asenté
que le largué culebriando
lo mismo que buscapié.

Le colorieron las motas 1225
con la sangre de la herida
y volvió a venir furioso
como una tigre parida.

Y ya me hizo relumbrar
por los ojos el cuchillo, 1230
alcanzando con la punta
a cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas
y me le afirmé al moreno,
dándole de punta y hacha 1235
pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada
en el cuchillo lo alcé,
y como un saco de güesos
contra un cerco lo largué. 1240

Tiró unas cuantas patadas
y ya cantó para el carnero-
Nunca me puedo olvidar
de la agonía de aquel negro.

En esto la negra vino, 1245
con los ojos como agí-
y empezó la pobre allí

a bramar como una loba-
Yo quise darle una soba
a ver si la hacía callar 1250
mas, pude reflexionar
que era malo en aquel punto,
y por respeto al dijunto
no la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos, 1255
desaté mi redomón
monté despacio, y salí
al tranco pa el cañadón.

Después supe que al finao
ni siquiera lo velaron 1260
y retobao en un cuero
sin resarle lo enterraron.

Y dicen que dende entonces
cuando es la noche serena
suele verse una luz mala 1265
como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención a veces
para que no pene tanto,
de sacar de allí los güesos
y echarlos al campo santo. 1270

Canto VIII

Otro día, en un boliche, entró un gaucho guapo y peleador, “Le llaman «gaucho mamao»/

si lo pillan divertido.”; y lo provocó a Martín Fierro. Este le respondió y comenzaron a luchar, pero Fierro lo mata de un revés con el facón (cuchillo) y se retira del lugar.

Canto IX

Matreriando lo pasaba
y a las casas no venía;
solía arrimarme de día,
mas, lo mismo que el carancho,
siempre estaba sobre el rancho
espiando a la polecía.

Viva el gaucho que ande mal,
como zorro perseguido,
hasta que al menor descuido
se lo atarasquen los perros,
pues nunca le falta un yerro
al hombre más alvertido.

Y en esa hora de la tarde
en que tuito se adormece,
que el mundo dentrar parece
a vivir en pura calma,
con las tristezas de su alma
al pajonal enderiece.

Bala el tierno corderito
al lao de la blanca oveja
y a la vaca que se aleja
llama el ternero amarrao;

pero el gaucho desgraciao
no tiene a quién dar su queja.

[...]

Sin punto ni rumbo fijo
en aquella inmensidá,
entre tanta escuridá
anda el gaucho como duende;
allí jamás lo sorprende
dormido, la autoridá.

Su esperanza es el coraje,
su guardia es la precaución,
su pingo es la salvación,
y pasa uno en su desvelo
sin más amparo que el cielo
ni otro amigo que el facón.

.....
.....

Ansí me hallaba una noche
contemplando las estrellas,
que le parecen más bellas
cuanto uno es más desgraciao,
y que Dios las haiga criaio
para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño
y siempre con alegría
ve salir las Tres Marías,
que si llueve, cuanto escampa,

las estrellas son la guía
que el gaucho tiene en la pampa.

Aquí no valen doctores:
sólo vale la experiencia;
aquí verían su inocencia
esos que todo lo saben,
porque esto tiene otra llave
y el gaucho tiene su cencia.

[...]

Me encontraba, como digo,
en aquella soledá,
entre tanta escuridá,
echando al viento mis quejas,
cuando el grito del chajá
me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué
al suelo para escuchar;
pronto sentí retumbar
las pisadas de los fletes,
y que eran muchos jinetes
conocí sin vacilar.

[...]

Se venían tan calladitos
que yo me puse en cuidao;
tal vez me hubieran bombiao
y me venían a buscar;

mas no quise disparar,
que eso es de gaucho morao.

Al punto me santigüé
y eché de giñebra un taco,
lo mesmito que el mataco
me arroyé con el porrón:
"Si han de darme pa tabaco",
dije, "ésta es güena ocasión".

Me refalé las espuelas,
para no peliar con grillos;
me arremangué el calzoncillo,
y me ajusté bien la faja,
y en una mata de paja
probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo a la mano
el flete en el pasto até,
la cincha le acomodé,
y, en un trance como aquél,
haciendo espaldas en él
quietito los aguardé.

Cuando cerca los sentí,
y que áhi no más se pararon,
los pelos se me erizaron
y aunque nada vían mis ojos,
"No se han de morir de antojo",
les dije, cuando llegaron.

Yo quise hacerles saber
que allí se hallaba un varón;

les conocí la intención
y solamente por eso
es que les gané el tirón
sin aguardar voz de preso.

"Vos sos un gaucho matrero",
dijo uno, haciéndose el güeno.
"Vos matastes un moreno
y otro en una pulpería,
y aquí está la polecía
que viene a ajustar tus cuentas;
te va alzar por las cuarenta
si te resistís hoy día."

"No me vengan", contesté,
"con relación de dijuntos:
esos son otros asuntos;
vean si me pueden llevar,
que yo no me he de entregar
aunque vengan todos juntos."

Pero no aguardaron más
y se apiaron en montón;
como a perro cimarrón
me rodiaron entre tantos;
ya me encomendé a los santos
y eché mano a mi facón.

Y ya vide el fagonazo
de un tiro de garabina,
mas quiso la suerte indina
de aquel maula, que me errase

y áhi no más lo levantase
lo mesmo que una sardina.

A otro que estaba apurao
acomodando una bola
le hice una dentrada sola
y le hice sentir el fierro,
y ya salió como el perro
cuando le pisan la cola.

Era tanta la aflicción
y la angurria que tenían,
que tuitos se me venían
donde yo los esperaba:
uno al otro se estorbaba
y con las ganas no vían.

Dos de ellos que traiban sables
mas garifos y resueltos,
en las hilachas envueltos
enfrente se me pararon,
y a un tiempo me atropellaron
lo mesmo que perros sueltos.

Me fui reculando en falso
y el poncho adelante eché,
y en cuanto le puso el pie
uno medio chapetón,
de pronto le di un tirón
y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero
el otro se sofrenó;



entonces le dentré yo,
sin dejarlo resollar,
pero ya empezó a aflojar
y a la pun...ta disparó.

Uno que en una tacuara
había atao una tijera,
se vino como si fuera
palenque de atar terneros,
pero en dos tiros certeros
salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento
venía coloriendo el alba
y yo dije: "Si me salva
la Virgen en este apuro,
en adelante le juro
ser más güeno que una malva."

Pegué un brinco y entre todos
sin miedo me entreveré,
hecho oவில் me quedé
y ya me cargó una yunta,
y por el suelo la punta
de mi facón les jugué.

El más engolosinao
se me apió con un hachazo;
se lo quité con el brazo,
de no, me mata los piojos;
y antes de que diera un paso
le eché tierra en los dos ojos.

Y mientras se sacudía
refregándose la vista,
yo me le fui como lista
y áhi no más me le afirmé
diciéndolé: "Dios te asista",
y de un revés lo voltié.

Pero en ese punto mesmo
sentí que por las costillas
un sable me hacía cosquillas
y la sangre se me heló.
Dende ese momento yo
me salí de mis casillas.

Di para atrás unos pasos
hasta que pude hacer pie;
por delante me lo eché
de punta y tajos a un criollo;
metió la pata en un hoyo,
y yo al hoyo lo mandé.

Tal vez en el corazón
le tocó un santo bendito
a un gaucho, que pegó el grito
y dijo: "¡Cruz no consiente
que se cometa el delito
de matar así un valiente!".

Y áhi no más se me apareó,
dentrándolé a la partida;
yo les hice otra embestida
pues entre dos era robo;

y el Cruz era como lobo
que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno
de dos que lo atropellaron,
los demás remolnieron,
pues íbamos a la fija,
y a poco andar dispararon
lo mesmo que sabandija.

Ahi quedaban largo a largo
los que estieron la jeta,
otro iba como maleta
y Cruz de atrás les decía:
"Que venga otra polecía
a llevarlos en carreta."

Yo junté las osamentas,
me hiqué y les recé un bendito;
hice una cruz de un palito
y pedí a mi Dios clemente
me perdonara el delito
de haber muerto tanta gente.

Dejamos amontonaos
a los pobres que murieron;
no sé si los recogieron,
porque nos fuimos a un rancho,
o si tal vez los caranchos
áhi no más se los comieron.

Lo agarramos mano a mano
entre los dos al porrón;

en semejante ocasión
un trago a cualquiera encanta,
y Cruz no era remolón
ni pijotiaba garganta.

Calentamos los gargueros
y nos largamos muy tiesos,
siguiendo siempre los besos
al pichel, y por más señas,
íbamos como cigüeñas
estirando los pescuezos.

"Yo me voy", le dije, "amigo,
donde la suerte me lleve,
y si es que alguno se atreve
a ponerse en mi camino,
yo seguiré mi destino,
que el hombre hace lo que debe.

"Soy un gaucho desgraciao,
no tengo donde ampararme,
ni un palo donde rascarme,
ni un árbol que me cubije;
pero ni aun esto me aflige,
porque yo sé manejar me.

"Antes de cáir al servicio,
tenía familia y hacienda,
cuando volví, ni la prenda
me la habían dejao ya:
Dios sabe en lo que vendrá
a parar esta contienda."

Canto X:

Cruz piensa y le comenta a Fierro: “Si este mundo es un infierno / ¿por qué afligirse el cristiano?” [...] Yo también tuve una pilcha que me enllenó el corazón,
y si en aquella ocasión
alguien me hubiera buscao,
siguro que me había hallao
más prendido que un botón.

En la güella del querer
no hay animal que se pierda;
las mujeres no son lerdas
y todo gaucho es dotor
si pa cantarle al amor
tiene que templar las cuerdas.

¡Quién es de una alma tan dura
que no quiera una mujer!
Lo alivia en su padecer:
si no sale calavera
es la mejor compañera
que el hombre puede tener.

Si es güena, no lo abandona
cuando lo ve desgraciao,
lo asiste con su cuidao
y con afán cariñoso,
y usté tal vez ni un rebozo
ni una pollera le ha dao.”

Y le empieza a contar su historia: habla del gaucho, y de su mujer; y le explica cómo conoció al Comandante. Este lo tenía de lado a lado y no le pagaba nada. A veces lo mandaba a hacer viajes largos. Pero en una ocasión, entro a su rancho y lo encontró abrazando a su china. “No me gusta que otro gallo/ le cacaree a mi gallina.” Tiene una pelea con el comandante pero finaliza diciendo que se va con par de pilchas y “Las mujeres dende entonces / conocí a todas en una. / Ya no he de probar fortuna / con carta tan conocida: /mujer y perra parida, /no se me acerca ninguna.”

Canto XI:

Luego, continúa Cruz, supo que había una milonga por la zona y allí fue. Se puso a bailar, pero el guitarrero lo ofende con una payada y Cruz de un faconazo le corta todas las cuerdas de la guitarra. Un gringo con fusil acudió en defensa del cantor entonces Cruz se vio obligado a salir. De adentro de la pulpería, salió el guitarrero y se puso a pelear con Cruz, pero éste con un corte lo dejó en el piso. Montó su bagual y se largó a los campos: “más libre que el pensamiento, / como las nubes al viento,”

Canto XII

Un día lo llamo el juez a Cruz y le propuso que se hiciera soldado de policía. Así obtuvo el cargo de sargento, pero como a él no le gustaba andar con el revolver en la cintura y por haber prestado ayuda a Fierro que no lo iba abandonar, decide dejar la policía y seguir como matrero.

Canto XIII

Ya veo que somos los dos
astillas del mismo palo:
yo paso por gaucho malo
y usté anda del mismo modo,

y yo, pa acabar lo todo,
a los indios me refalo.

Pido perdón a mi Dios,
que tantos bienes me hizo;
que dende que es preciso
que viva entre los infieles,
yo seré cruel con los crueles:
así mi suerte lo quiso.

Dios formó lindas las flores,
delicadas como son,
le dio toda perfección
y cuanto él era capaz,
pero al hombre le dio más
cuando le dio el corazón.

[...]

Y dende que dio a las fieras
esa juria tan inmensa,
que no hay poder que las venza
ni nada que las asombre,
¿qué menos le daría al hombre
que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
al darle, malicio yo
que en sus adentros pensó
que el hombre los precisaba,
que los bienes igualaba
con las penas que le dio.

Y yo empujao por las mías
quiero salir de este infierno;
ya no soy pichón muy tierno
y sé manejar la lanza
y hasta los indios no alcanza
la facultá del gobierno.

Yo sé que allá los caciques
amparan a los cristianos,
y que los tratan de "hermanos"
cuando se van por su gusto.
¿A qué andar pasando sustos?
Alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros
pero ni aun esto me aterra;
yo ruedo sobre la tierra
arrastrao por mi destino
y si erramos el camino...
no es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar o no
de esto naides nos responde.
Derecho ande el sol se esconde
tierra adentro hay que tirar;
algún día hemos de llegar...
después sabremos adónde.

No hemos de perder el rumbo,
los dos somos güena yunta;
el que es gaucho ve ande apunta,
aunque inora ande se encuentra;

pa el lao en que el sol se dentra
dueblan los pastos la punta.

De hambre no pereceremos,
pues según otros me han dicho
en los campos se hallan bichos
de los que uno necesita...
gamas, matacos, mulitas,
avestruces y quirquinchos.

[...]

Allá habrá siguridá
ya que aquí no la tenemos,
menos males pasaremos
y ha de haber grande alegría
el día que nos descolguemos
en alguna toldería.

Fabricaremos un toldo,
como lo hacen tantos otros,
con unos cueros de potro,
que sea sala y sea cocina.
¡Tal vez no falte una china
que se apiade de nosotros!

Allá no hay que trabajar,
vive uno como un señor;
de cuando en cuando un malón,
y si de él sale con vida
lo pasa echao panza arriba
mirando dar güelta el sol.

Y ya que a juerza de golpes
la suerte nos dejó aflús,
puede que allá veamos luz
y se acaben nuestras penas.
Todas las tierras son güenas:
vámosnós, amigo Cruz.

El que maneja las bolas,
el que sabe echar un pial,
o sentarse en un bagual
sin miedo de que lo baje,
entre los mismos salvajes
no puede pasarlo mal.

El amor como la guerra
lo hace el criollo con canciones;
o más de eso en los malones
podemos aviarnos de algo;
en fin, amigo, yo salgo
de estas pelegrinaciones.

.....
.....

En este punto el cantor
buscó un porrón pa consuelo,
echó un trago como un cielo,
dando fin a su argumento,
y de un golpe al istrumento
lo hizo astillas contra el suelo.

"Ruempo -dijo- la guitarra,
pa no volverla a templar;
ninguno la ha de tocar,

por seguro ténganlo;
pues naidas ha de cantar
cuando este gaucho cantó."

Y daré fin a mis coplas
con aire de relación;
nunca falta un preguntón
más curioso que mujer,
y tal vez quiera saber
cómo fue la conclusión.

Cruz y Fierro, de una estancia
una tropilla se arriaron;
por delante se la echaron
como criollos entendidos
y pronto sin ser sentidos,
por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,
una madrugada clara
le dijo Cruz que mirara
las últimas poblaciones;
y a Fierro dos lagrimones
le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo
se entraron en el desierto.
No sé si los habrán muerto
en alguna correría,
pero espero que algún día
sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias
mi relacion acabé;
por ser ciertas las conté,
todas la desgracias dichas:
es un telar de desdichas
cada gaucho que usté ve.

Pero ponga su esperanza
en el Dios que lo formó;
y aquí me despido yo,
que he relatao a mi modo
*males que conocen todos
pero que naides contó.*



La vuelta de Martín Fierro (1879)

Canto XV (Consejos del viejo Vizcacha)

Siempre andaba retobao
con ninguno solía hablar;
se divertía en escarbar
y hacer marcas con el dedo;
y cuando se ponía en pedo
me empezaba aconsejar.

Me parece que lo veo
con su poncho calamaco,
después de echar un buen taco,
ansí principiaba a hablar:
"jamás llegués a parar
ande veas perros flacos."

"El primer cuidao del hombre
es defender el pellejo.
Lleváte de mi consejo,
fijáte bien en lo que hablo:
el diablo sabe por diablo,
pero más sabe por viejo."

"Hacéte amigo del juez;
no le des de qué quejarse;
y cuando quiera enojarse
vos te debés encoger,
pues siempre es güeno tener
palenque ande ir a rascarse."

"Nunca le llevés la contra,
porque él manda la gavilla:

allí sentao en su silla,
ningún güey le sale bravo;
a uno le da con el clavo
y a otro con la cantramilla."

"El hombre, hasta el más soberbio,
con más espinas que un tala,
aflueja andando en la mala
y es blando como manteca:
hasta la hacienda baguala
cai al jagüel con la seca."

"No andés cambiando de cueva;
hacé las que hace el ratón:
conserváte en el rincón
en que empezó tu existencia:
vaca que cambia querencia
se atrasa en la parición."

Y menudiando los tragos
aquel viejo como cerro,
"no olvidés", me decía, "Fierro,
que el hombre no debe creer
en lágrimas de mujer
ni en la renguera del perro."

"No te debés afligir
aunque el mundo se desplome.
Lo que más precisa el hombre
tener, según yo discurre,
es la memoria del burro,
que nunca olvida ande come."

"Dejá que caliente el horno
el dueño del amasijo;

lo que es yo, nunca me aflijo
y a todito me hago el sordo:
el cerdo vive tan gordo,
y se come hasta los hijos."

"El zorro que ya es corrido
dende lejos la olfatea;
no se apure quien desea
hacer lo que le aproveche
la vaca que más rumea
es la que da mejor leche."

"El que gana su comida
güeno es que en silencio coma;
ansina, vos ni por broma
querrás llamar la atención:
nunca escapa el cimarrón
si dispara por la loma."

"Yo voy donde me conviene
y jamás me descarrío;
lleváte el ejemplo mío
y llenarás la barriga:
aprendé de las hormigas:
no van a un noque vacío."

"A naides tengás envidia:
es muy triste el envidiar;
cuando veás a otro ganar,
a estorbarlo no te metas:
cada lechón en su teta
es el modo de mamar."

"Ansí se alimentan muchos
mientras los pobres lo pagan;

como el cordero hay quien lo haga
en la puntita, no niego;
pero otros, como el borrego,
todo entera se la tragan."

"Si buscás vivir tranquilo
dedicáte a solteriar
mas si te querés casar,
con esta alvertencia sea:
que es muy difícil guardar
prenda que otros codicean."

"Es un bicho la mujer
que yo aquí no lo destapo:
siempre quiere al hombre guapo,
mas fijáte en la elección;
porque tiene el corazón
como barriga de sapo."

Y gangoso con la tranca,
me solía decir: "Potrillo,
recién te apunta el cormillo,
mas te lo dice un toruno:
no dejés que hombre ninguno
te gane el lao del cuchillo."

"Las armas son necesarias,
pero naide sabe cuándo;
ansina, si andás pasiando,
y de noche sobre todo,
debés llevarlo de modo
que al salir, salga cortando."

"Los que no saben guardar
son pobres aunque trabajen;

nunca, por más que se atajen,
se librarán del cimbrón:
al que nace barrigón
es al ñudo que lo fajen."

"Donde los vientos me llevan
allí estoy como en mi centro;
cuando una tristeza encuentro
tomo un trago pa alegrarme:
a mí me gusta mojarme
por ajuera y por adentro."

"Vos sos pollo, y te convienen
toditas estas razones;
mis consejos y lecciones
no echés nunca en el olvido:
en las riñas he aprendido
a no peliar sin puyones."

Con estos consejos y otros,
que yo en mi memoria encierro
y que aquí no desentierro,
educándomé seguía,
hasta que al fin se dormía,
mesturao entre los perros.



Canto XXXII (Consejos de Martín Fierro)

Un padre que da consejos
más que padre es un amigo;
así como tal les digo
que vivan con precaución:

naide sabe en qué rincón
se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
que una vida desgraciada:
no estrañen si en la jugada
alguna vez me equivoco;
pues debe saber muy poco
aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su cencia
tienen la cabeza llena;
hay sabios de todas menas,
mas digo, sin ser muy ducho:
es mejor que aprender mucho
el aprender cosas buenas.

No aprovechan los trabajos
si no han de enseñarnos nada;
el hombre, de una mirada,
todo ha de verlo al momento:
el primer conocimiento
es conocer cuándo enfada.

Su esperanza no la cifren
nunca en corazón alguno;
en el mayor infortunio
pongan su confianza en Dios;
de los hombres, sólo en uno;
con gran precaución en dos.

Las faltas no tienen límites
como tienen los terrenos;
se encuentran en los más buenos,
y es justo que les prevenga:

aquel que defetos tenga,
disimule los ajenos.

Al que es amigo, jamás
lo dejen en la estacada,
pero no le pidan nada
ni lo aguarden todo de él:
siempre el amigo más fiel
es una conducta honrada.

Ni el miedo ni la codicia
es bueno que a uno le asalten;
así no se sobresalten
por los bienes que perezcan;
al rico nunca le ofrezcan
y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa, hasta entre Pampas,
el que respeta a la gente;
el hombre ha de ser prudente
para librarse de enojos:
cauteloso entre los flojos,
moderado entre valientes.

El trabajar es la Ley,
porque es preciso alquirit;
no se espongan a sufrir
una triste situación:
sangra mucho el corazón
del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
para ganarse su pan;
pues la miseria, en su afán
de perseguir de mil modos,

llama en la puerta de todos
y entra en la del haragán.

A ningún hombre amenacen,
porque naide se acobarda;
poco en conocerlo tarda
quien amenaza imprudente:
que hay un peligro presente
y otro peligro se aguarda.

Para vencer un peligro,
salvar de cualquier abismo,
por esperencia lo afirmo:
más que el sable y que la lanza
suele servir la confianza
que el hombre tiene en sí mismo.

Nace el hombre con la astucia
que ha de servirle de guía;
sin ella sucumbiría,
pero, según mi esperencia,
se vuelve en unos prudencia
y en los otros picardía.

Aprovecha la ocasión
el hombre que es diligente;
y ténganlo bien presente
si al compararla no yerro,
la ocasión es como el fierro,
se ha de machacar caliente.

Muchas cosas pierde el hombre
que a veces las vuelve a hallar;
pero les debo enseñar,
y es bueno que lo recuerden:

si la vergüenza se pierde,
jamás se vuelve a encontrar.

Los hermanos sean unidos
porque ésa es la ley primera;
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea,
porque si entre ellos pelean,
los devoran los de ajuera.

Respeten a los ancianos,
el burlarlos no es hazaña;
si andan entre gente estraña
deben ser muy precavidos,
pues por igual es tenido
quien con malos se acompaña.

La cigüeña, cuando es vieja
pierde la vista, y procuran
cuidarla en su edá madura
todas sus hijas pequeñas:
apriendan de las cigüeñas
este ejemplo de ternura.

Si les hacen una ofensa,
aunque la echen en olvido,
vivan siempre prevenidos:
pues ciertamente sucede
que hablará muy mal de ustedes
aquel que los ha ofendido.

El que obedeciendo vive
nunca tiene suerte blanda;
mas con su soberbia agranda
el rigor en que padece:

obedezca el que obedece
y será bueno el que manda.

Procuren de no perder
ni el tiempo ni la vergüenza;
como todo hombre que piensa
procedan siempre con juicio;
y sepan que ningún vicio
acaba donde comienza.

Ave de pico encorvado
le tiene al robo afición;
pero el hombre de razón
no roba jamás un cobre,
pues no es vergüenza ser pobre
y es vergüenza ser ladrón.

El hombre no mate al hombre
ni pelée por fantasía;
tiene en la desgracia mía
un espejo en que mirarse;
saber el hombre guardarse
es la gran sabiduría.

La sangre que se redama
no se olvida hasta la muerte;
la impresión es de tal suerte,
que a mi pesar, no lo niego,
cai como gotas de fuego
en la alma del que la vierte.

Es siempre, en toda ocasión,
el trago el pior enemigo;
con cariño se los digo,
recuérdenlo con cuidado:

aquel que ofiende embriagado
merece doble castigo.

Si se arma algún revolutis,
siempre han de ser los primeros;
no se muestren altaneros,
aunque la razón les sobre:
en la barba de los pobres
aprienden pa ser barberos.

Si entregan su corazón
a alguna mujer querida,
no le hagan una partida
que la ofienda a la mujer:
siempre los ha de perder
una mujer ofendida.

Procuren, si son cantores,
el cantar con sentimiento,
ni tiemplan el instrumento
por sólo el gusto de hablar,
y acostúmbrense a cantar
en cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos
que me ha costado alquiritlos,
porque deseo dirigirlos;
pero no alcanza mi cencia
hasta darles la prudencia
que precisa pa seguirlos.

Estas cosas y otras muchas
medité en mis soledades;
sepan que no hay falsedades
ni error en estos consejos:

es de la boca del viejo
de ande salen las verdades.

